

E. Correa Calderón

LASTANOSA Y GRACIAN

A la buena memoria de D. Ricardo del Arco y Garay.

EN 1636, Gracián es destinado al Colegio de Huesca, en el cual reside, al menos, hasta 1639.

Muy pronto debió conocer allí a un joven prócer que entonces contaba veintitrés años, don Vincencio Juan Lastanosa y Baráiz de Vera¹, que vivía en el magnífico palacio construido por sus antepasados. Huérfano desde muy joven, debía ser un hombre prematuramente serio y reflexivo, que se casa aun no cumplidos los diecinueve años con doña Catalina Gastón y Guzmán, de catorce. Tienen catorce hijos. A consecuencia del sobrepardo del último, don Vincencio Antonio —que será biógrafo de su padre—, muere doña Catalina en 1644, a los treinta y dos años. Lastanosa sobrevive a su esposa muchos más, cuarenta, pues fallece en 1684, a los setenta y siete años de su edad.

La vida de Lastanosa es la de un gran señor del Renacimiento. Heredero de cuantiosa fortuna, Señor de Figaruelas, cuenta entre sus ascendientes, desde comienzos del siglo XIII, a nobles caballeros,

¹ Vid. ARCO Y GARAY, *Don Vincencio Juan de Lastanosa. Apuntes bio-bibliográficos*, Huesca, 1911. Más datos sobre D. V. J. de L., Huesca, 1912. *Dos grandes coleccionistas aragoneses de antaño, Lastanosa y Cardenera*, Madrid, 1910. Más noticias acerca de la famosa biblioteca de D. V. J. de L., en *Linajes de Aragón*, 1916, VII, 8-20. *Los amigos de Lastanosa. Cartas interesantes de varios eruditos del siglo XVII*, en *Rev. Hist. de Valladolid*, 1918. *Antiguas casas sarriciegas de la ciudad de Huesca*, en *Rev. de Hist. y de Geneal. Esp.*, 1918, VII, pág. 49 y ss. y 97 y ss. *Gracián y su colaborador y mecenas*, Zaragoza, 1926, trabajos refundidos en su mayor parte en *La Erudición Aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa*, Madrid, *Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, 1934, en 4.º, 373 págs., y finalmene *La Erudición española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*, Madrid, *Instituto Jerónimo de Zurita*, 1951, 2 volúmenes., en donde se hallan reiteradas alusiones a Gracián.

clérigos famosos por sus virtudes (alguno, como don Pedro de Lastanosa, muerto «con fragancia de santidad»), valientes guerreros que intervienen en la conquista de Mallorca, de Valencia y luego de Flandes o como generales de las galeras de Felipe III, cortesanos del rey de Aragón, embajadores en la corte de París o en la Sublime Puerta, y muchos de ellos apasionados por las humanidades, la poesía, las curiosas antigüedades, el gusto de vivir en relación con su rango. En don Vincencio Juan se ofrecen multiplicadas las cualidades de sus progenitores. Con ser una herencia cuantiosa, en lo material y espiritual, él la aumenta prodigiosamente, haciendo honor al mote de su escudo de armas:

*La más segura nobleza
es la que al fin no acabó,
antes en él conmenzó.*

Que en él, hijo de sí mismo, comienza en gran parte el auge y grandeza de su casa lo muestra a las claras el inventario que se lleva a cabo a la muerte de su abuelo, don Juan de Lastanosa² en 1596, momento que debió representar el máximo declive de la familia. En él se hace referencia a unos cuantos cuadros; hay en su biblioteca 220 volúmenes en total; las rentas son escasas. Es el haber de un hidalgo de buena posición, dedicado a labores de campo, con doce cubas y seis toneles en la bodega, una alquitara, un torno de hilar seda, un caballo en la cuadra, unas espadas y una adarga viejas, dos celadas, unas corazas. Algunos utensilios —«una mesica para comer en la cama», tres arquillas para calentar los pies, una copa de fuego», «un calentador de cama»—, algunas alfombras y reposteros, dieciocho colchones y buenas mantas, así como valiosas joyas y ropas de vestir y «un arca de nogal con muchas piezas de plata», son datos que indican el señorío con que vivía su poseedor. Los jardines de la casa debían existir ya, —aunque posteriormente fuesen mejorados en gran medida—, por cuanto al menos tres jardineritos franceses llevaban en 1639 sesenta años a su cuidado.

Pero que estos bienes se acrecientan inconmensurablemente en vida de su nieto, don Vincencio Juan, lo muestra el índice de su librería, que redacta en 1635, apenas cuarenta años después de la muerte de su abuelo, o la descripción que él mismo hace en *Las tres cosas más singulares que tiene la casa de los Lastanosas en este año de 1639*³; la *Descripción de las antigüedades i jardines de don Vincencio Juan de Lastanosa, hijo y ciudadano de Huesca, ciudad en*

² Vid. ARCO, *La erudición aragonesa...*, pág. 175 y ss.

³ Vid. COSTER, *Una description inédite de la demeure de D. J. V. de L.*, en *Revue Hispanique*, 1912, XXVII, 566-610.

LASTANOSA Y GRACIAN

el *Reyno de Aragón*, publicada por *El Solitario*, seudónimo de don Francisco Andrés de Uztarroz (Zaragoza, *Dormer*, 1647), escrita en verso⁴; la detallada descripción en prosa de su casa que hace el mismo autor⁵ a mediados del siglo XVII; la *Narración de lo que pasó a Don Vincencio Lastanosa a 15 de Octubre del año 1662 con un religioso docto y grave*⁶, escrita por él mismo, y finalmente, el escrito de su hijo don Vincencio Antonio, titulado *Habitación de las Musas, recreo de los doctos, asilo de los virtuosos*⁷. En todas estas relaciones se cuenta y no se acaba de las grandezas y curiosidades que encerraba el palacio que en el Coso, de Huesca, poseía el gran señor, con modestia o legítimo orgullo, y con objetividad siempre, cuando son él o sus hijos quienes escriben, pero con entusiasmo y asombro todos los demás que lo conocen.

Es extraordinaria la vida de este hombre. En apariencia, don Vincencio Juan vive en su gustoso retiro, consagrado a los suyos y al cultivo de su espíritu, a gozar complacidamente de sus gustos artísticos y literarios; pero su vida no tiene nada de pacífica egolatría, sino de intensa actividad de todo orden. «El amor a las letras, afición a las artes y universal gusto de las mecánicas y de la curiosidad —dirá su hijo, enorgullecido—, no le han embarazado para los más difíciles empleos en servicio de su Rey y de su Patria, pues de que el enemigo introdujo las armas en España hasta que se concluyó la paz, siempre se ha ofrecido pronto a todos los empleos». Ya en 1627 asiste a las Cortes de Barbastro, llamado a ellas por real carta de Felipe IV. En 1637 o 1638 viaja por Francia, en compañía del Duque Gastón de Orleans, su gran amigo. En 1639 es nombrado Capitán de infantería, con patente de S. M., y como tal acude en auxilio de Saleas, ciudad ocupada por los franceses, que se retiran de ella en 1640. En este mismo año es elegido consejero del Concejo de Huesca. En 1641, a los treinta y cinco años, al frente de gentes armadas, acude en auxilio de la plaza de Monzón, antigua residencia de sus antepasados, amenazada por los franceses, y en cuya acción de guerra defiende con éxito el paso del Cinca. Vuelve a su tarea de Consejero de la ciudad y como Regidor del Hospital actúa abnegadamente cuando en 1652 se produce en Huesca una terrible epidemia. En años sucesivos ocupa los cargos de Lugarteniente de Justicia y Consejero del Concejo. El y su casa son el centro de la ciudad, y así, al nacimiento del Príncipe Próspero, en 1657, organiza Lastanosa las fiestas públicas y adorna la fachada y el interior de su palacio con deslumbrante suntuosidad.

⁴ Reproducida en *Rev. de Arch., Bibl. y Mus.*, 1876, VI., págs. 123 y ss.

⁵ *Ibid.* ARCO, op. cit., págs. 221-251.

⁶ *Ibid.*, págs. 251-275.

⁷ Publ. en *Rev. de Arch., Bibl. y Mus.*, 1877, VII, págs. 29 y ss.

Pero esto no es todo. Si su vida se limitase a estos rasgos, Lastanosa no pasaría de ser un honrado ciudadano, fiel a sus deberes militares o cívicos. Lo que más importa en su biografía es su actividad intelectual. Como Mecenas —«aragonés Mecenas de todos los varones estudiosos, dando vida a sus obras modernas y resucitando las antiguas, merecedor insigne de una agradable y agradecida inmortalidad», dirá Gracián en *Agudeza y arte de ingenio*, Disc. 57—, protege y ayuda a pintores, tales el famoso Jusepe Martínez, autor de los *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*, o Juan Jerónimo Jalón; al escultor napolitano Micaelo Angelin o al físico Nadal Baronio, a los que hospeda en su casa durante muchos años; a grabadores como Lorenzo, Jerónimo y Teresa Agüesca o Francisco de Artiga; a impresores como Nogués o Larumbe, y, sobre todo, a escritores y humanistas — Gracián o Uztarroz—, a quienes costeaba generosamente la edición de sus libros. El mismo es un humanista de alto vuelo, a pesar de que «el haber heredado temprano las obligaciones de su casa le arrancaron de las escuelas y tiranizaron la profesión de las ciencias», según nos dice su hijo, en la *Habitación de las Musas*... Teniendo acaso como preceptor al Doctor Francisco Antonio Fúser, canónigo y vicario general de la Seo de Barbastro, «mi amantísimo maestro y amigo», —declara en una ocasión—, que era asimismo hombre de letras, y que como tal había formado parte de una academia literaria fundada en Huesca en 1595, en compañía de don Juan Agustín de Lastanosa, del que había sido ayo, como luego fué profesor de su hijo, Lastanosa llegó a poseer con soltura el conocimiento de las lenguas sabias (el latín, griego y hebreo, y posiblemente el árabe) e igualmente le eran familiares el francés e italiano; cultiva la poesía, las matemáticas y la química; traduce del francés los *Elementos químicos*, de Beguin, pinta «perspectivas» y «ruinas» y otras pinturas al temple, que llegó a ver Carderera en el siglo XIX; dibuja planos del palacio de los Reyes en Huesca o del castillo de Loarre para su amigo el conde de Guimerá, arqueólogo de Zaragoza; se consagra a formar el catálogo de documentos del Archivo del Reino de Aragón, y sobre todo lleva a cabo una labor personal de apasionado arqueólogo, como perfecto conocedor de la numismática, y escribe en diversas etapas de su vida dos libros que manifiestan su excepcional conocimiento de la materia: *Museo de las medallas desconocidas españolas* (Huesca, 1645) y *Tratado de la moneda jaquesa* (Zaragoza, 1681)⁸, así como otras del

⁸ Las fichas bibliográficas de estas obras, son: *Museo de las Medallas Desconocidas españolas*,... Ilustrado con tres Discursos, del Padre Paulo DE RAJAS, de la Compañía de Jesús, el Doctor Don Francisco XIMÉNEZ DE VRREA, Capellan de su Magestad, y Chronista del Reino de Aragón, y del Doctor Iuan Francisco Andrés de VZTARROZ. Con licencia, impreso en Huesca por Iuan NOGUES. Año M. DC. XLV. (En 4.º, 14 hs., 221 págs., 10 hs.) y *Tratado de la moneda Jaquesa, i de otras de oro, i plata del reyno de Aragón*. En Zaragoza, año 1681. (En 4.º, 50 hs., 11 de grab., 64 págs., 9 lám. y 2 hs.)

mismo género: *La Dactiloteca*, hoy perdida, en la que estudiaba multitud de anillos romanos tallados en piedras preciosas, de los que poseía valiosísima colección, y aun otras de carácter histórico y genealógico, como su *Monumento de claros e ilustres varones del Reino de Aragón*, también perdido, o *Linajes de Aragón, Cataluña, Navarra, Castilla y León*, conservada en la Biblioteca Nacional (Sec. Mss., 3.444).

Ninguna actividad le es ajena. Todo le apasiona con el mismo afán, sea grande o pequeña la labor a realizar, con tal que resulte perfecta. Y así, tan pronto dirige las obras del magnífico panteón —mármoles, alabastro, jaspe, bronce, azulejos, hierro forjado, pinturas, estofados en oro, vidrios de color—, que mandó edificar en la catedral de Huesca en 1646, para dar honrado enterramiento a sí mismo y a los suyos, en especial a su esposa y su hermano Orencio, obra en la que intervinieron famosos arquitectos, escultores, pintores, maestros de forja, vidrieros y artistas de toda índole, como se le ve preocupado por su numerosa familia o por la administración y cuidado de sus fincas rústicas de Figaruelas, donde poseía un castillo, —él le llama Torre—, en el que pasaba temporadas: «me coge en lo más embarazoso de la cosecha», dirá a 1.º de agosto de 1645: «El jueves concluimos el sementero en la Torre muy en seco. Hanse sembrado 57 cahices de pan y fanegas. El viernes comenzó a nevar y ha continuado con llover copiosamente, con que se puede esperar que el sementero sea muy bueno».

Con todo, con ser suficientes tantas y tan diversas empresas a llenar los años y los días de un hombre activísimo, la labor esencial que ocupa su larga vida es su pasión de coleccionista. Alcanza los setenta y siete años, de los que apenas cabe descontar en esta labor los de su infancia y adolescencia. Durante todos los demás se consagra a acumular en torno suyo cuantas obras de arte, libros, muebles, objetos raros y preciosos o máquinas considera interesantes, y así logra, aun no mediado el curso de su existencia, que su mansión suntuosísima sea un curioso museo, una selectísima biblioteca, un verdadero centro científico. Para ello no escatima gastos ni molestias. Escribe insistentemente a cuantos pueden facilitarle un ejemplar valioso. Si va a Madrid —«sin ocuparme en oír quejas, advertir preñeces, abortos monstruosos, discursos políticos y pasquines desvergonzados»— se dedicará a visitar amigos dilectos, coleccionistas, anticuarios y a todos los librereros de la Corte, de la que lleva buena provisión de libros, monedas, medallas y estatuas.

En su colección figuran espléndidos cuadros de Ticiano, Tintoretto, Durero, Lucas de Holanda, Ribera, Ribalta, de Jusepe Martínez y tantos otros; magníficas esculturas de bronce, mármol, marfil o azabache, y asimismo curiosas piezas de arte antiguo, tapices,

reposteros, espejos, muebles... El poeta don Manuel de Salinas, que frecuenta su casa, escribe un soneto *A una bellísima jarra que tiene en su camarín... de mano de Rafael de Urbina*. Los animales disecados, las muestras de minerales, las curiosidades de la Naturaleza, constituyen un completísimo gabinete de Historia Natural, del mismo modo que el gabinete de física reúne las máquinas más curiosas de su tiempo, formando un verdadero laboratorio. La ingeniería mecánica tiene su representación en «cajas en que se ven países⁹ que hasta los pájaros de ellos imitan su voz»¹⁰, raras perspectivas que multiplican indefinidamente las figuras, en «estatuas de varios animales (leones, osos, camellos, serpientes), de cartón barnizado, los cuales, merced a un ingenioso mecanismo, imitaban los mugidos y gritos adecuados»¹¹.

La serie de piezas arqueológicas era variadísima, de gran valor, en especial por sus magníficos monetarios, sin duda los más importantes en la España de su tiempo. En el índice de su biblioteca, formado por el propio Lastanosa en 1635 y publicado por Latassa¹², se habla de «más de ocho mil monedas y medallas de Emperadores griegos y romanos que tiene él mismo; pues nuestro Agustín, Ursino y Goltzio y otros no pudieron juntar tantas. Tiene, además, dos mil camafeos y piedras antiguas anulares...»¹³.

Pero entre tanta curiosidad y maravilla como había reunido en su palacio, tres cosas le conmovían de especial modo. El mismo nos lo dirá en la curiosa descripción titulada *Las tres cosas singulares...*, ya citada, a la que acompañan planos parciales de su casa y jardines. Entre todas las cosas que poseía, le enorgullecían sobre todo la biblioteca, la armería y los jardines, y no era para menos.

En la biblioteca aparecían representadas las más variadas materias de las letras y las ciencias, en preciosos manuscritos o riquísimas ediciones en todas las lenguas sabias, incluso la arábiga y japonesa. Repasando el resumen de sus libros que hizo en la *Narración de los que pasó...*, puede comprobarse cuán universal y selecto era su afán de sabiduría. Allí estaban representadas por sus cultivadores más ilustres la gramática y elocuencia, la historia, las literaturas clásicas y española, la astrología y la hidrografía, la perspectiva y la dióptica, los tratados de pintura y arquitectura, sobre relojes o la destreza de las armas, de enfrenar caballos o montería,

⁹ Paisés, paisajes.

¹⁰ *Narración de...*, ed. cit., pág. 270.

¹¹ *La casa de Lastanosa en 1635*. En ARCO, op. cit., pág., 216 y s.

¹² En *Memorias literarias de Aragón*, II. Vid. ARCO, op. cit., pág. 199 y ss.

¹³ *Ibid.*, pág. 214. En *La Casa de Lastanosa en 1635* se superan estas cifras. Según esta descripción, en una arquimesa de la habitación segunda «había 4.895 de oro de Emperadores romanos, que en total pesaban dos arrobas veintiseis libras». En la habitación tercera, «5.700 monedas de plata de antes que los romanos vinieran a España», y en la cuarta, «423 monedas de oro de Emperadores romanos y 603 de plata».

de música, de artes mecánicas, de filosofía natural, de jardines o minerales, de piedras preciosas, de medicina y química, de filosofía moral y de emblemas, de política general y áulica, de derecho o de carácter religioso, de numismática y epigrafía, de geografía universal, con una espléndida serie de cartas geográficas. La simple enunciación de autores obras o ediciones basta para que pueda considerarse tal biblioteca como un verdadero tesoro.

La colección de armas, a su vez, poseía un gran valor, pues entre los 2.000 arcabuces, 600 picas, 100 partesanas, 200 alabardas, 200 bailestas y arcos, con sus aljabas llenas de flechas, 100 mosquetes, 52 banderas moras o turcas y 100 armaduras completas, además de riquísimos arneses y sillas de montar y tiendas de campaña, contenía piezas de excepcional interés histórico, como eran las armaduras de Jaime el Conquistador, Enrique de Valois, Pedro el Cruel, de Carlos V, del Conde de Trastámara, una espada de Francisco I, un puñal de Pedro IV, alfanjes de Solimán II o de los reyes moros, muchos de ellos regalados a sus ascendientes guerreros y diplomáticos. Gracián, en *El Criticón*, en la crisis que titula *Armería del Valor*, dará de ellas un trasunto simbólico.

La tercera maravilla de su mansión eran los jardines. No le bastaba a Lastanosa el mundo cerrado del arte y de las letras, sino que completa su residencia con la magia de unos fantásticos vergeles, en los que se hallaban las más exóticas plantas y flores, tanto como por el placer de contemplarlas, por el afán de contribuir a su estudio científico. Para lograrlas, no escatima búsquedas y cartas, con las que se pone en relación con el herbolario del Rey de Francia, Juan Bautista Dru, de Lyon; con el señor La Faye, de Burdeos, Secretario de S. M. Cristianísima; con el P. Morin, de París; con el sabio Francisco Filhol, de Tolosa, que le envía tulipanes; con el Conde Mariscotti, de Bolonia, al cual «habiéndole pedido la rosa senente, o de la China, me ofrece remitirla, aunque es tan singular que sólo se halla en manos de dos Príncipes de Italia, y me remite una hoja de la planta, y ofrece que vendrá acompañada de la parra o vid de la China, por ser de lo más raro que hay en la Naturaleza»¹⁴. El, a su vez, proveía de sus semillas a quien se tomase el trabajo de pedírselas, y se enorgullecía de proveer de ellas a los floricultores del Rey.

Ocho jardineros franceses cuidaban de su artificio. De uno de ellos, el Jefe, que llevaba sesenta años a su servicio, nos dirá: «este es el celebrado Monsiur Esquillot, que, con hacer tantos años que está en casa no me entiende una palabra si no se la digo en francés». Tampoco los demás—, a pesar de llevar dos de ellos el mismo tiempo en la casa—, habían aprendido el español. Sólo una mujer

¹⁴ Narración de lo que le pasó... Vid. ARCO, op. cit. pág. 274.

decía vino. Cuando alguno fallecía, el Duque de Orleáns le mandaba un sucesor. Las casitas en que vivían independientemente, al igual que los demás edificios para criados, caballerizas, cocheras y pajarés, estaban disimuladas por las frondas.

En este delicioso jardín botánico, una parte se había dedicado a parque zoológico. En cuatro cuevas protegidas por fuertes rejas rugían un tigre, un leopardo, un oso y un león. En una jaula se criaban dos voraces avestruces.

Pero lo que mayor admiración y asombro producían en quienes paseaban por estos jardines, eran las fuentes artísticas, que elevaban sus chorros de agua aquí y allá, en medio de macizos de verdura, a la sombra de los frondosos árboles: el amplio estanque rectangular, rodeado de estatuas, —que, al igual que la silueta de la ciudad, en lo alto, se reflejaban en las aguas quietas—, con su embarcadero, con un torreón en su centro, con varios esquifes que surcaban la reposada superficie, en la que zigzagueaba toda clase de peces «Dicen muchos extranjeros —confiesa el propio Lastanosa, ufano de ello— que han visto en varias Cortes jardines más grandes, y con más estatuas, pero ninguno tan hermoso». Todavía encierran estos jardines un prodigioso laberinto, formado de árboles de toda especie y clima, en el que las carreras bordeadas de arrayanes desconciertan al más avisado, sin que acierte a dar con la única salida.

Podría pensarse que este magnate había reunido tanta y tan varia hermosura con el propósito de gozarla él solo, con avaricia de coleccionista, de bibliomano, de anticuario. Nada más lejos de ello. Para que su semejanza con un príncipe del Renacimiento italiano sea mayor, gusta de rodearse de humanistas y artistas, a los que protege, si lo precisan. El mismo es, como hemos visto, un estudioso arqueólogo, que publica diversas obras fundamentales dedicadas a sus aficiones numismáticas. Con él vive su hermano Orenco (1609-1665), canónigo de la catedral, rector de la Universidad de Huesca, diputado del reino de Aragón, que en sus ratos de ocio cultiva la poesía. Su palacio es el hogar acogedor de cuantos en la ciudad sienten vocación por los estudios eruditos, por las letras y las artes. Allí concurre, en los años en que reside en el Colegio de Huesca, su amigo fidelísimo Baltasar Gracián, y también, entre otros, don Miguel de Salinas y Lizana, asimismo canónigo de la catedral, profesor de la Universidad, unido a Lastanosa por lazos de parentesco, y que traduce a Marcial y es poeta él mismo; el doctor don Francisco Andrés de Uztarroz, historiador, arqueólogo infatigable y poeta que residía habitualmente en Zaragoza, al que se deben dos curiosas descripciones de la casa que con tanta complacencia y buen acogimiento frecuentaba; el doctor Francisco Antonio Fúser, canónigo y Vicario general de la Seo de Barbastro, que

LASTANOSA Y GRACIAN

había sido preceptor de su huésped y antes ayo y amigo de don Juan Agustín de Lastanosa IV, padre de don Vincencio Juan. Y es de suponer que las damas y caballeros discretos y letrados de Huesca, así como cuantos llegasen por ventura a la ciudad, concurrirían asimismo a las tertulias que en los salones o en el retiro de los jardines del prócer tenían lugar.

Pero este reducido grupo de gentes distinguidas, cultas e ingeniosas no habría pasado de ser un pequeño cenáculo provinciano, sin otra trascendencia que la de hacerse sus componentes la vida grata a sí mismos, si no irradiase su saber y discreción, no sólo fuera de la ciudad, sino de la región y aun de la propia España. De una parte, los eruditos y arqueólogos de Aragón, como el conde de Guimerá, los condes de Aranda, el cronista Ximénez de Urrea, y tantos otros, con los que Lastanosa o los que le rodeaban sostenían cordial amistad y nutrida correspondencia, o los sabios y anticuarios extranjeros como el doctor Francisco Filhol, canónigo de Saint-Etienne de Toulouse, gran amigo de Lastanosa, el cual comunicó al cronista Francisco Andrés de Uztarroz las notas necesarias para que publicase su *Diseño de la insigne y copiosa Biblioteca de Francisco Filhol* (Huesca, Larumbe, 1644), impreso también a expensas del prócer oscense, como tantos otros libros del autor o de Baltasar Gracián, o el noble veneciano Camilo Locauni, que le regala raros libros de alquimia. De otra, los numerosos viajeros ilustres que, ya de paso o de propósito, acudían a visitar las preciosas colecciones del Museo y las variadas curiosidades de la casa, les ponían en contacto con el mundo. Estos visitantes eran nada menos que el propio rey Felipe IV, que honra su palacio de vuelta de Cataluña, y dos veces más con pretexto de cazar, y que como sabemos por el propio Lastanosa, «me decía que nunca había visto cosa como mi casa...» O caballeros extranjeros como el duque de Ferrara, Juan de Médicis, el príncipe de Squilache, el Conde de Mirandola, el Marqués de Pescara o Grandes de España, como los duques de Medinaceli, de Arcos, del Infantado, de Béjar, de Medina de las Torres, de Villahermosa, de Lerna, los marqueses de Aytona o Camarasa, y cien más, en especial el duque de Gastón de Orleans, quien pasa mes y medio de riguroso incógnito —«a quien debí la honra de venir desconocido con condición que sólo yo lo había de saber»¹⁵— en la mansión de Lastanosa, gozando con delectación de tanta maravilla, en ocasiones en afectuosa charla con los jardineros franceses que cuidaban de la hermosura de sus jardines, que tanto le complacían, y de los que diría: «No tiene el Rey de Francia cosa como ésta y como la librería», y que luego se lleva a su anfitrión a Francia para mostrarle, a su vez, las grandezas de su palacio y de los del Rey y todo lo que de notable contenía la Corte

¹⁵ *La casa de Lastanosa en 1639.* Vid. ARCO, op. cit., pág. 33.

francesa. La estrecha amistad entre uno y otro debía ser cordialísima, como lo prueba la confianza que el Duque demuestra al gran señor aragonés, con tan larga residencia en su palacio de Huesca, y al invitarle luego para que visitase su casa y su país, y también los valiosos obsequios que le hace: cuatro leones y un basilisco disecado, cuatro espejos hiperbólicos, un fragmento de diamante, otro mineral precioso, y acaso muchos más de toda especie, por cuanto Lastanosa declara «que a no ser por su Alteza y otros señores no me era posible el haber juntado tantas cosas», y también que debe a su Alteza «muchos favores y mucho de lo que tengo»¹⁶.

Otro de los visitantes ilustres del palacio de Huesca es don Bernardino Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, quien escribe a Lastanosa en 1636, es decir, cuando éste tiene 29 años, la siguiente carta¹⁷, por demás elocuente:

«Amigo y Señor mío: Pasmado de haber visto las grandezas de la casa de V. S. tanto en libros como en alhajas riquísimas, alacenas, estatuas, pinturas, monedas, armas, jardines, grutas, estanques, que me parece que en los quince días que estuve en la casa de V. S. siempre ví cosas nuevas en todas las ostentosas piezas de tan majestuosa casa, que gocé poco por estarnos lo más en la librería, donde había tanto que admirar, que aun en un Monarca fuera cosa de empeño juntar tal cúmulo de cosas de tan remotas partes, pues aun para solo los portes se habrá consumido muchos millares de doblones, por lo que dice mal quien dice: *El que va a Huesca y no ve casa de Lastanosa no ve cosa*¹⁸, porque diría mejor: *Quien va a Huesca y no ve la casa de Lastanosa deja de ver cuanto tiene el mundo*. Ahí remito a V. S. para que las ponga entre las muchas que tiene, 250 monedas de oro, las más modernas de Tiberio César; de plata van 325; mi padre las guardaba; no se donde las hubo; aquí estan archivadas y nadie las ve; ahí serán vistas de muchos naturales y extranjeros. Envío para la Armería esa cota de armas hecha de redecilla de hierro, cubierta con guarniciones de otra de oro, red primorosísima; el escudo de acero colado con los blasones de su Real Casa; que todo lo ganó el día que lo hizo prisionero al duque de Sajonia el Excelentísimo Conde de Baradín, caballero del Toisón General de la Caballería de Don Fernando de Austria, Rey de Bohemia, [un caballero] natural de Monzón, en el Reino de Aragón, llamado Don Pedro Lastanosa, hermano del bisabuelo de V. S., cuyos papeles y los del gran padre de V. S., ojalá no se hubieran perdido, los unos por la distancia, los otros en el mar, y así por la razón dicha debe estar esta armadura con las que V. S. tiene dadas por los Reyes a los antecesores de V. S. Doy mi palabra de volver a ver esos portentos, con el ánimo de estar dos meses: si alguna moneda llegase a mis manos, con mucho gusto la recogeré. Dios guarde a V. S. muchos años. Afectísimo amigo de V. S., *El Condestable*».

La hospitalidad de Lastanosa debía ser espléndida. Lo comprueban los buenos propósitos de tan ilustre visitante al prometerle vol-

¹⁶ *Ibid.*, pág. 218.

¹⁷ *Op. cit.*, pág. 189 y s.

¹⁸ Rodríguez MARÍN en *Más de 21.000 refranes castellanos*, (Madrid, 1926, páginas 436), varía la versión del refrán, que debía ser popular: «*Quien va a Huesca y no ve la casa de Lastanosa, no ha visto cosas*».

ver a pasar en su casa una más larga estancia y también los magníficos regalos que le enviaban quienes han sido sus huéspedes.

Todos sus amigos competían en acrecentar las maravillas que encerraba su palacio, incluso el Padre Baltasar Gracián, y él, a su vez, se comporta como un gran señor, magnánimo y generoso, sosteniendo a mesa y mantel a muchos de sus protegidos o editando los libros de los escritores que le rodean. En la carta que le dirige en 1681 el doctor Diego Vincencio de Vidania, Rector de la Universidad de Huesca, Consultor y Fiscal del Santo Oficio, del Consejo Real, y que se imprimió en el *Tratado de la moneda jaquesa*, de Lastanosa, impreso el mismo año, se refiere que don Vincencio Juan regaló al Archivo del Reino mil cien monedas jaquesas de cobre ligado, plata y oro; siete cartas de credencia de reyes moros, en arábigo, a monarcas cristianos; cinco documentos en chino y japonés; 787 cartas originales de Pontífices y cardenales y tres copias fidedignas de códices de fueros y behetrías de Aragón. El mismo Lastanosa, al describir su casa en 1639, y referirse a su colección de monedas, habla de las de oro que tiene duplicadas, «que las separaré para ir dando a los curiosos».

No es de extrañar que las varias actividades de este hombre admirable en tantos aspectos —militar aguerrido en los momentos en que su patria peligraba, ciudadano benemérito, cultivador de las artes y de las letras, magnífico coleccionista, hospitalario anfitrión, gran señor dadivoso— mereciesen los elogios de cuantos le conocieron. Latassa¹⁹ nos legó el extracto de un raro manuscrito que perteneció a Gallardo y luego a Sánchez Rayón, en el que se contenían numerosos escritos que hacían referencia a Lastanosa, y entre ellos un *Resumen de los autores impresos y mss. que hablan de D. Vincencio J. Lastanosa, recogidos por mí Hermenegildo de Lastanosa, su hijo*, en el cual, con filial orgullo, se recogían las alabanzas que su padre —y cuanto él creó en torno suyo— habían merecido de sus contemporáneos. Quizá la que sintetiza todas las demás, con sobrio estilo epigráfico, sea la que escribió el Doctor Vidania, ya citado, y que se publicó en el *Tratado de la moneda jaquesa*:

«Don Vincencio Juan de Lastanosa, héroe oscense, gentilhomme de la Casa del Rey. Desde la infancia dedicado a las Musas. Insigne en las Matemáticas y Pintura. Celebrado por las Medallas y Monedas desconocidas, y por las que con los anillos antiguos, piedras y camafeos darán luz a las sombras de la Prensa. Erudito en Chymia y otras artes en la paz; prudente consejero y primer cónsul; en las guerras de Cataluña valeroso Capitán. En la peste y trabajos el primero que asistió a la Patria. En las felicidades negó sus pasos al deseo y ambición. Su casa es hospicio de estudiosos y extranjeros; sus bienes los hace comunes su liberalidad. A Dios consagró capillas y fundaciones suntuosas; a su Rey sirvió con la espada, con la pluma y con la hacienda. A su vencedora Patria honró con

¹⁹ *Memorias literarias de Aragón*, I, págs. 104 y ss.

E. CORREA CALDERON

su nacimiento, prudencia y consejos. Al fidelísimo Reino de Aragón ordenando su Archivo y reduciendo a índice sus escrituras, siendo diputado caballero infanzón; y ahora lo ha aumentado con gran copia de papeles, libros y originales, y mil y cien monedas jaquesas, y un tratado de su antigüedad y quilates que ofrece al público uso de los ocho estudiosos a XX del mes de abril de año MDCLXXXI, a los LXXIV años 23 días de su feliz edad. Viva su nombre venerado en la memoria de los hombres, pues su liberalidad le consagra estatua de inmortal agradecimiento en el archivo público».

En el ambiente mágico que Lastanosa se había formado en torno a sí, que tanto tenía que deslumbrar a un hombre apasionado por las artes y las letras, que gustase del trato con gentes refinadas, discretas, eruditas, aparece Baltasar Gracián. La mutua comprensión y amistad que desde el primer momento se establece entre el jesuita y el joven caballero, seis años más joven, debió ser muy grande, como producto de una afinidad absoluta, porque no ha de interrumpirse de por vida la estrecha e íntima relación entre ambos y sí intensificarse con el más entrañable afecto.

Pronto une su voz Gracián al coro de alabanzas. Ya en la *Dedicatoria*²⁰ que pone al frente de la primera edición de *El Héroe*, en agosto de 1637, apenas un año después de su llegada a Huesca, dice a su amigo: «Toda la casa de Vm. es un *non plus ultra* del gusto; su camarín, alcázar de la curiosidad; su librería, esfera de la agudeza; su jardín, elíseo de la primavera».

²⁰ No nos es conocida hoy la primera edición de *El Héroe*; impresa en 1637 por Lastanosa, y sí, en cambio, la *Dedicatoria* que figuraba al frente de ella, que el doctor Vidania transcribe entre los elogios al autor que figuran al frente del *Tratado de la moneda jaquesa*, de Lastanosa (Zaragoza, 1681).